



*Sagrados Corazones*  
PROVINCIA DE ESPAÑA

# Damián

## testimonio de Charles W. Stoddard

Recopilación, redacción y traducción de textos: Joaquín Salinas, ssc



## Sumario

PRÓLOGO .....	3
LOS LEPROSOS DE MOLOKAI - STODDARD .....	8
1. El primer encuentro con el Padre Damián .....	8
2. De visita a los enfermos .....	10
3. Una entrevista .....	12
4. Jornadas bien llenas.....	14
5. En camino hacia Kalaupapa .....	15
6. Solicitud de príncipe. ....	17
7. El cielo visita la tierra. ....	19
8. Los niños. ....	20
9. Últimos días en Molokai.....	22
10. La salida de Kalawao.....	22
EPÍLOGO .....	24

## Salta la noticia que conmueve al mundo

CHARLES WARREN STODDARD

Versión francesa P. Odilon Van Gestel, ss.cc.  
"Positio super virtutibus" pp. 564-581

### PRÓLOGO

En octubre de 1884, Stoddard acompañado por los médicos Georges Fich y Arthur Mouritz, visitó la leprosería de la isla hawaina de Molokai. Narró su experiencia en un pequeño libro lleno de elegancia y de emoción, *The Lepers of Molokai*, (Ave María, Series VIII), Notre Dame, Indiana (USA) (Ave María Press) **1886**. Este opúsculo de 80 páginas, formato 165 por 115 mm., es uno de los primeros testimonios impresos sobre la persona y la obra de Damián De Veuster. Solo por esto merece la pena publicarlo en sus pasajes más interesantes y hermosos.

¿Quién era Charles Warren Stoddard? Nació en Rochester (USA) en 1843. Su padre, Salomón Stoddard, era un pastor de la Iglesia Congregacionalista. En 1867 se convirtió al catolicismo, circunstancia que describió en *A Troubled Heart* (1885). Fue doctor en lenguas clásicas, griego y latín, y doctor en filosofía. Por sus méritos reales como poeta y prosista, era una figura central en los círculos literarios de la costa oeste en Norteamérica, particularmente en California, donde residió mucho tiempo. Sin embargo fue como periodista como alcanzó una notoriedad más amplia. Tuvo una cátedra de literatura inglesa en la universidad católica de Washington durante un breve tiempo y, de 1885 a 1886, realizó la misma función en la Universidad de Notre Dame, en Indiana. Sus problemas de salud le obligaron a poner fin a su carrera universitaria. Murió en Monterrey, en California, el 24 de abril 1909.

Fueron abundantes sus publicaciones, que revelan una larga familiaridad con los acontecimientos de la Polinesia de su tiempo. En varias ocasiones visitó las islas Hawaii y habitó en Honolulu de 1881 a 1884, donde escribió *The Lepers of Molokai*, relato que, al menos en parte, se basa en su *Diary of a visit to Molokai in 1884*, que también se editó, a título póstumo, en 1993. Stoddard visito por dos veces Molokai. La primera vez en 1868, es decir, antes de la

llegada de Damián de Veuster a Molokai en 1873. La segunda vez en 1884, a los 10 años de estar Damián mejorando la suerte de los leprosos, en esta ocasión acompañado por dos médicos, que dispusieron de todo el tiempo posible para hacerse una amplia idea del apóstol de los leprosos.

Como se ve, pues, Stoddard era un testigo de primera fila. Por esta razón su pequeño libro *The Lepers of Molokai* sigue siendo único y precioso. Fue escrito en el lenguaje de aquella época, con un estilo florido y de frases interminables, y también con una admiración por el Padre Damián que nos parece algo exagerada. Lo que podría explicarse por su condición de converso.

Entre las tres obras de Stoddard sobre el Padre Damián – la tercera es *Father Damian, the martyr of Molokai* – esta es la que ocupa nuestro primer lugar. Por la buena razón de que por ella la obra del Padre Damián fue conocida del gran público, principalmente anglosajón, y por la que fue atraída la atención sobre la problemática de la lepra, lo que produjo un vasto movimiento de solidaridad. Pero las tres están escritas por un admirador, por un amigo. Nos ofrecen el relato de un hombre de Dios, de un testigo del amor de Dios. Damián nos habla a través de los relatos: cordial, acogedor, fiel a su vocación y a su especial misión, profundamente creyente y al mismo tiempo tan concretamente humano. Muchos han escrito, muchos escriben sobre Damián, pero Charles Stoddard tuvo el privilegio de visitarle y, solamente después, de escribir. Es la razón por la que lo que escribe permanece tan único y, todavía hoy, tan precioso.

Esta obra de Stoddard está dividida en pequeños capítulos. Como no nos es posible publicarla por entero, damos aquí un resumen sucinto del contenido.

Prólogo	(7-9)	la deportación de un contingente de leprosos de Honolulu hacia Hawaii.
	(10-18)	el viaje de Stoddard a Molokai y la península de Kalawao.
	(18-24)	un breve resumen de la historia de la lepra en el mundo y en la islas Hawaii
	(24-29)	primer contacto con Kalawao y con Damián De Veuster.
	(30-34)	conversación de Stoddard sobre la lepra con sus compañeros de viaje.
	(35-39)	una visita a la familia Walsh, que mantuvo la dirección de la leprosería durante algunos años.
	(39-46)	los leprosos de Molokai.

A partir de aquí ya aparece a menudo el **Padre Damián:**

	(46-51)	Damián cuenta su vida a Stoddard.
	(51-53)	las numerosas tareas de un párroco de leprosos.
	(53-57)	Stoddard y Damián van a visitar al Padre Montitón en su casa de Kalaupapa
	(57-61)	una carta de este compañero de Damián sobre su vida misionera tormentosa

	(61-64)	un resumen de las realizaciones del gobierno hawaiano y de la misión católica a favor de los leprosos y el relato de la entrega de una distinción regia al Padre Damián.
	(65-67)	una descripción detallada de una misa-mayor en Kalawao.
	(67-71)	la suerte de los leprosos y una visita de Stoddard con Damián entre los casos más graves (hospital).
	(72-73)	la última visita al sacerdote por el autor.
	(73-77)	partida de Molokai.
Epílogo	(77-80)	donde Stoddard expresa su admiración por el gran hombre de Molokai.

Stoddard retoma en el epílogo una carta que Damián le había escrito el 5 de octubre 1885, en la que le anuncia que está él mismo leproso. Stoddard envía también esta carta, acompañada de una foto, al P. Hudson, el editor de la revista *Ave María*. El 2 de febrero de 1886, fiesta de la Presentación, Stoddard da el último retoque a su trabajo. El libro tuvo inmediatamente una gran difusión, tanto en los Estados Unidos como fuera de ellos. La carta impresa en la revista y el libro de Stoddard contribuyeron en gran manera a dar a conocer a Damián en los Estados Unidos y en Inglaterra. Los signos de simpatía afluyeron cada vez más, y desde los diferentes lugares se pusieron a reunir el dinero para ayudar al Padre Damián. Ya el 25 de marzo 1886, respondió a Sor María Gabriela, que por otra parte nos es desconocida:

Vuestra feliz carta del 5 del corriente ha sido bien recibida y, como usted dice, estoy un poco sorprendido (aunque me lo sospechaba) de que mi nombre sería conocido por muchas almas cristianas simpatizantes, gracias a los escritos de nuestro amigo Ch. Stoddard.

El 31 de marzo siguiente, escribía a Mons. Koeckemanan :

Os envío por Nakookoo un paquete de libros que el señor Stoddard acaba de enviarme. Veréis por Vos mismo lo que cuenta y dejo al juicio de vuestra Excelencia si conviene comunicarlo al público... En este pequeño libro, Stoddard habla demasiado de mí. Ya recibo cartas de condolencia de Norteamérica.

Por su parte, Stoddard y el P. Hudson continuaban suscitando el interés por los leprosos de Molokai y su sacerdote. El 23 de noviembre, Damián escribe al P. Hudson:

Su carta del 19 me ha llegado hoy, con la revista del *Ave María*. Ya hace largo tiempo que recibí los 25 ejemplares del folleto, con la carta de nuestro amigo Stoddard. Deseo un buen éxito a su artículo: "Corpus Christi, la fiesta del Santísimo Sacramento en Kalawao".

En una carta del 2 de diciembre, Damián pedía a su obispo que hiciera propaganda de la revista del P. Hudson:

Si conocierais a alguien que quisiera convertirse en agente de esta revista, os estaría personalmente agradecido, porque tengo una deuda de gratitud que pagar al P. Hudson por el interés que me ha mostrado.

Damián deseaba que el folleto de Stoddard fuera traducido al francés. Al secretario general de su Congregación, el Padre Janvier Weiler, le escribía el 30 de diciembre 1886:

Si se presentara la ocasión para ello, os ruego que agradezcáis en mi nombre a la poeta de Londres, Emely Hicquey y enviéis uno de los folletos que os mando a vuestras señas. En el supuesto de que conozcáis el inglés, encontrareis en este pequeño libro abundantes detalles de nuestra leprosería. Si se pudiera hacer una traducción en francés, no tengo duda alguna que interesaría a mucha gente en Francia y Bélgica, como ha sucedido en Norteamérica y en Inglaterra.

Fue Sor Ignatia O’Kavanagh quien se encargó de este trabajo. El 25 de noviembre 1887, el Padre Damián la escribía:

Os agradezco también vuestro trabajo de traducción del pequeño libro, *“Lepers of Molokai”*. ¿Acaso este trabajo está ya impreso? Aquí le envío algunos extractos de periódicos ingleses y norteamericanos dando su opinión sobre este folleto. Quizás al impresor de vuestra traducción le agrade tener esto traducido. Espero que alguien me envíe algún ejemplar en francés.

Desgraciadamente esta traducción nunca fue impresa., probablemente por falta de editor.

Stoddard era un narrador famoso de todo cuanto se refería a las islas Hawaii y a Molokai. Sus relatos encantaban al círculo de sus amigos, a los que se unió un día el célebre escritor inglés **Robert-Louis Stevenson**, como reconoció el autor del prólogo al *Diary* (1933), Oscar Lewis. Allí nació el interés de éste por la leprosería y su sacerdote. Algunos meses después de la muerte de Damián, visitó Molokai, lo que le permitió, un poco más tarde, escribir una defensa inflamada de Damián, contra las calumnias extendidas en 1889 por el pastor Hyde de Honolulu. Existe otro personaje a quien Stoddard puso sobre la pista de Damián, es decir, a **José Dutton**. Es lo que éste testifica en un escrito posterior:

Entonces decidí sobre la marcha ir a visitarle [a Stoddard] para preguntarle: 1. Cómo llegar a Molokai, y 2, si una vez llegado allí, podría yo encontrar suficiente trabajo. Fui, le hablé, y, como esperaba, recibí una respuesta suficiente a mis dos preguntas. Por esto es por lo que me puse en camino de inmediato.

El “hermano José [Dutton] fue un colega apreciado por Damián; trabajó durante muchos años después de la muerte de este, hasta 1932, en el “hogar de los muchachos”.

Toda esta propaganda y todas estas ayudas no quedaron sin provocar los celos de los superiores de Damián: el obispo Herman Koeckemann y el superior provincial Leonor Fouesnel. Este último escribía al superior general:

Este buen Padre se hace pasar por el consolador, la providencia, el enfermero, el amortajador y el sepulturero de los leprosos, y no es nada de eso.

Por su parte el obispo escribía al mismo destinatario:

Esto puede con razón ofender al Rey y al Sr. Gibson, su primer ministro... En cuanto a la misión católica... debe de retirarse... para colocar al héroe en un más brillante esplendor.

En una carta del 5 de febrero 1887, el obispo escribió a Damián que él aceptaba a gusto el oro y el incienso de las alabanzas difundidas en la prensa, pero que rehusaba la mirra de las amonestaciones que le llegaban de sus superiores. Es difícil de comprender por qué los superiores reaccionaron de esta manera. En su libro, Stoddard ¿no había hablado con grandes alabanzas de todo lo que el gobierno hawaiano hacía por los leprosos? ¿No había puesto en un primer lugar al obispo y a los misioneros por su solicitud hacia los hawaianos? ¿No había alabado al superior provincial por haber introducido hermanas misioneras que se ocuparían de cuidar a los leprosos? ¿No estaba demasiado claro? ¿A los obispos y a los misioneros igualmente, nada humano les era extraño!

En esta publicación, hemos tomado los más bellos pasajes del opúsculo de Stoddard, sobretodo los que tratan directamente del Padre Damián. Estos extractos han sido señalados con un título; se presentan como una serie de diez pequeños capítulos en que el orden del original queda respetado. El texto francés retoma la traducción, a veces corregida, que se encuentra en *Vie et Documents*, segunda parte, 69 bis – 101 bis. Se trata de la famosa colección de las fuentes, realizada en 1936 por el P. Odilo Van Gestel, ss.cc. (inérito dactilografiado).

El librito de Stoddard conoció algunas reimpresiones. En 1893 y 1911, con el mismo título, un poco desarrollado, en el mismo editor de Notre Dame, Indiana; en 1896, como una serie de artículos bajo el título "Una visita a Molokai" en la revista *The Damien Institute, Birmingham*. Largos extractos en traducción francesa se encuentran en *Positio super virtutibus*, Roma, 1966, el grueso volumen editado por la Congregación Pontificia de Ritos en el marco del proceso de beatificación de Damián (p. 564-581).

N.T.

1.- En realidad, estos extractos, casi tal como se encuentran en la *Positio* [que recoge los testimonios de todos los testigos en la causa de beatificación], son los que recoge este folleto de "*Damien Info, Numéro spécial 1992*", publicado

por el *Centro Damián* de Lovaina, folleto que lleva este Prólogo del P. Cor Rademaker, ss.cc.

2.- Termina el autor del prólogo nombrando las tres obras que escribió Stoddard sobre el Padre Damián, las que hemos anotado más arriba, añadiendo...] El *Diary* de la visita de Stoddard a Molokai, da detalles que no se encuentran en el opúsculo que mencionamos aquí. Por ejemplo, en este *Diary* da la impresión de que Stoddard encuentra a Damián en una condición física espléndida, mientras que la carta en este opúsculo, *The Lepers...*, le hace saber que se ha contagiado de la lepra, que produce un efecto dramático. En el *Diario*, Stoddard cuenta que Damián decía de una foto de sí mismo, que se "parecía a un leproso", y el escritor añadía: "Y eso era verdad".

Cor RADEMAKER, ss.cc.  
19 septiembre 1991.

## LOS LEPROSOS DE MOLOKAI - STODDARD

### 1. El primer encuentro con el Padre Damián (The Lepers, 27-29)

Al primer golpe de vista que un extraño echar sobre Kalawao podría parecerle que es un poblado próspero de unos quinientos habitantes. Su única calle está bordeada de casas individuales limpias y blanqueadas con cal, con numerosos pequeños jardines de flores brillantes, y de grupos de árboles tropicales graciosos y decorativos. Se encuentra tan cercano al pie de la montaña, que un gran número de piedras enormes, desgajadas por las lluvias han descendido desde las alturas con un ruido de trueno y han rodado casi hasta el muro que rodea los lugares circunvecinos del poblado.

Cuando pasábamos por la calle, el Dr. Fitch fue saludado desde todos los lugares. Le habían oído, porque ordinariamente visitaba la leprosería cada mes; y muchos gritos de bienvenida y muchos "¡Aloha!" – el saludo amistoso de la raza – resonaban desde las puertas, las ventanas y las verandas. Un grupo de hombres vigorosos agitaron sus sombreros en el aire, y lanzaron tres aclamaciones gozosas en honor de "Kauka" (el doctor), coronándolas con un estallido de risa infantil.

Hasta aquí, tanto más cuanto apenas habíamos observado los rostros en los poblados, nos parecía ser la sociedad más alegre y la más contenta del mundo; pero no se olvide que estábamos bajo la sombra profunda del atardecer, y que nuestra llegada era la nota sensacional del momento.

Al borde de la ruta, en la extremidad del poblado, entre este último y el mar, se encontraba una pequeña capilla; la cruz de su pequeño campanario, y una



cruz mayor en el cementerio, nos aseguraron de que los infortunados habitantes no estaban abandonados en sus últimos momentos.

Conforme nos aproximábamos, la puerta del recinto vallado de la misión nos fue abierta por una tropa de alegres chavales, que se mantuvieron firmes, con el sombrero en la mano, para desearnos la bienvenida. Ahora, por vez primera, me fijé en que todos ellos estaban desfigurados; que sus rostros estaban cauterizados y cicatrizados; que sus manos y sus pies estaban mutilados y a veces sangrantes; que sus ojos semejaban los de un animal medio salvaje; que sus bocas estaban deformadas y que su aspecto general era a menudo repugnante.

Eran leprosos; lo eran también todos los que nos habían saludado cuando pasamos a través del poblado; lo mismo había que decir, excepto de unos privilegiados, de todos los que habitaban los dos poblados al pie de la montaña, cerca del mar.

Otros leprosos se reunieron en torno nuestro cuando entramos en el recinto de la iglesia, y las escaleras de la capilla estaban cubiertas de ellos. Un extranjero rara vez es visto en Kalawao. Como su número aumentaba, nos parecía que cada uno que iba llegando era más horrible que el anterior, hasta que la corrupción ya no pudo llegar más lejos y la carne no podía sufrir mayor deshonra de este lado de la tumba. Por un movimiento instintivo, se separaban mientras nos acercábamos, después se cerraban tras nosotros y nos rodeaban a cada paso.

La puerta de la capilla estaba entreabierta; de repente se abrió y un joven sacerdote apareció en el umbral deseándonos la bienvenida. Su sotana estaba usada y descolorida, sus cabellos alborotados como los de un colegial, sus manos manchadas y endurecidas por el trabajo; pero el esplendor de la salud se notaba en su rostro y la agilidad de la juventud en sus gestos; al mismo tiempo su reír ruidoso, su simpatía solícita y el magnetismo contagioso de su persona, nos mostraban a un hombre que, no importa en que esfera de actividad, podría desempeñar un noble trabajo, pero en el que había escogido, cumplía el más noble de todos los trabajos.

Este era el Padre Damián, el sacerdote voluntariamente exiliado, el único hombre sano en medio de su pueblo de leprosos.

Nos apremió para que comiéramos con él. El buen hombre tenía conciencia de estar invitándonos a la más humilde de las mesas, pero éramos mil veces bienvenidos para todo cuanto tenía de mejor. Cuando le aseguramos que nuestra comida estaba ya preparada en otro lugar y que habíamos traído de Honolulu mantequilla, harina y otras cosas delicadas, quiso añadir una gallina a nuestro menú, con sus cumplimientos y su bendición.

Después de haber despedido con unas cuantas palabras al grupo de leprosos, que continuaba aumentando en número y horror, fue a buscar en su recinto exterior de la iglesia un puñado de trigo. Extendió un poco sobre el suelo del

cementerio al mismo tiempo que emitía pequeños sonidos muy particulares. En un instante, sus gallinas acudieron de todas partes. Eran como nubes que caían del cielo. Aterrizaban sobre sus brazos y picoteaban los granos fuera de sus manos. Se disputaban un lugar sobre sus espaldas y hasta sobre su cabeza. Le cubrían de caricias y de plumas. Estaba metido hasta las rodillas en una tropa de gallinas de las que cualquier granjero habría estado celoso. Eran su orgullo y su entretenimiento.

No obstante inmoló una pareja sobre el altar de la amistad. Después de ello nos despidió. Así es como era el Padre Damián de Kalawao.

## 2. De visita a los enfermos (The Lepers, 39-41, 44-46)

Nos encontrábamos a punto de entrar en el valle de la sombra de la muerte. Se había reservado un día para la inspección de las salas y de diversos barrios, donde los casos horribles de lepra estaban a cargo de amigos leprosos aún poco atacados por los estragos de la plaga.

Los hospitales forman una fila de grandes habitaciones bien aireadas, que están alineadas a los dos lados de un paseo donde sopla la brisa, pero no tiene árboles. En Kalawao sopla el aire fresco y hay sol en abundancia, pero estos elementos vivificantes no pueden aliviar a las víctimas desesperadas de la lepra. Mientras nos acercábamos a las secciones, vimos a algunos de los pacientes deambular indolentes, o dejando pasar el tiempo en las verandas; otros se calentaban al sol en los ángulos de las salas; otros sentados en silencio en el interior, solos o en grupos, o reposaban en las camillas que estaban alineadas en doble fila a lo largo de cada sala.

El Padre Damián que nos había pedido acompañarnos temprano, conocía cada caso en particular; como un buen doctor que provee las necesidades de los cuerpos así como las de las almas de su rebaño. Su dedo está sobre el pulso de su pueblo sufriente, mientras con una triste gravedad vela el reflujó de la vida que baja de día en día.

La mayor parte de estos leprosos eran capaces de sonreír cuando se les dirigía una palabra; creo que sonreirán en su último suspiro, porque entre todos los pueblos repartidos sobre la faz del globo, el hawaiano es quizás el más amable e inocente.

Pero, ¡qué sonrisas las de los que nos acogían! Qué caras horribles las de cuyos músculos parecían haber olvidado sus funciones y tenían el aire de convertirlo todo en una burla! Era como si ensayaran a sentirse totalmente inconscientes de la repugnancia que inspira su juego lúgubre y se hubieran revestido del manto de *"El hombre que ríe"* de Victor Hugo. Siempre respondían sonriendo, como niños: su sonrisa era inocente y amable, pero tenía una expresión que era satírica y a veces casi diabólica; los rostros hinchados, donde la carne estaba nudosa y con ampollas, se volvían mil veces

más horribles mientras sonreían y sus rasgos expresaban el aspecto de una angustia permanente que no olvidará jamás quien la haya visto.

Cuando atravesábamos una de las salas, encontramos un montón de humanidad acurrucada en un lecho y recubierta enteramente con una manta de lana roja. Alguien levantó esta manta y mostró una figura consumida; no se abrían ya nunca sus ojos, los párpados, que se habrían tomado por membranas espesas, se movían débilmente, la carne de un brazo que reposaba sobre el pecho había desaparecido desgarrada; se diría que había sido devorada por las ratas, pero no lo eran mas que por los dientes asesinos del destructor que le había atacado con la enfermedad.

Esta miserable criatura estaba siendo abanicada por un amigo, que con una amable sonrisa nos decía que el hombre anciano estaba moribundo. Volvimos varias veces a visitarlo y tres días más tarde le encontramos sin cambio aparente: ni comía ni bebía y no respiraba, tan solo se iba pudriendo en un ignominioso montón de corrupción a la espera de la muerte tal lenta en llegar.

Sus compañeros en ningún modo se sentían desconcertados, sino que estaban somnolientos sobre las colchonetas vecinas; jugaban a las cartas en el rincón de la sala, o se sentaban tristemente aparte, como si esperaran a alguien. Y realmente lo hacían.

Esperaban con la indiferencia de un perro la llegada del destructor; podían notar sus progresos, pulgada a pulgada, en el cuerpo gangrenado de sus compañeros, y hora tras hora esta era la única diversión de las víctimas las más melancólicas.

Es un hecho singular y feliz que el leproso, casi en sus últimos momentos apenas sufre; soporta ciertamente muchas incomodidades, pero las aguanta con paciencia y sin gran sufrimiento, hasta que las presiones de la horrible plaga alcanzan los órganos vitales; entonces se aproxima el fin.

De casa en casa, al final de un trozo delantero de terreno, o tras los pequeños jardines plantados de flores de gran colorido y de arbustos del verde más brillante, por todos lados los leprosos esperaban para recibirnos: estaban acostados bajo las hileras espesas de los platanares, sobre las más pequeñas verandas, o se sentaban en cuclillas en el suelo el interior de las casas.

A menudo encontrábamos las paredes de las pequeñas habitaciones recubiertas de ilustraciones tomadas del *Harper's Weekly*, del *Frank Leslie*, o del *London News*. Las cromolitografías pintorescas y atractivas no faltaban; en muchos casos tampoco un crucifijo, una imagen piadosa, o un rosario. Pero el Padre Damián no hacía distinción dispensando sus favores y por todas partes era acogido como un amigo.

Me resulta extraño que estos exiliados de la vida, que no tienen más que mirar los rostros desfigurados de sus compañeros para ver la imagen viviente del suyo, no tienen generalmente su corazón apesadumbrado, y el espíritu se

mantiene relativamente alegre. Sin embargo, todos o casi todos, viven al lado del lugar en que golpea el martillo que fabrica los ataúdes que pronto recogerán sus restos. Este martillo no parecía estar nunca ocioso; los ataúdes se apilaban en un lugar donde los veían cuantos pasaban por el taller; sin embargo, mueren dos o tres por semana y el cementerio, "el campo de Dios", está lleno de muertos.

Cuando salimos del laberinto verdeante de la leprosería, yo pensaba en Dante saliendo del infierno, conducido por Virgilio. Apretando la mano del Padre Damián entré en su casa, para pasar revista a las experiencias del día.

### 3. Una entrevista (The Lepers, 46-51)

Es una pequeña casa de planta baja y un piso, con una escalera que conduce de la veranda inferior a la veranda superior. Cuando me hizo sentar sobre la silla más cómoda, el buen sacerdote después de haberse excusado, se ausentó unos instantes, durante los que me ocupé en llenar algunas páginas de mi cuadernillo de notas. Cuando volvió, traía una comida improvisada: un trozo de carne, un plato de arroz, huevos fritos, y dos grandes tazas de café, con trozos de azúcar colocados sobre galletas de marinero, que servían de plato y debían comerse después enseguida. Todo esto lo había preparado con sus propias manos. Hicimos nuestros comentarios sobre los platos; después, como postre, nos entregamos a las perfectas delicias de una pipa y de un cigarrillo.

Entonces me puse en actitud de interrogarle, aún cuando tenía poca confianza en el difícil tema en que me quería ocupar. Solo después de haber empleado todos los resortes de la persuasión, conseguí recoger las cortas notas sobre su vida. Aún así, el modesto Padre temía que intentara halagarle, o dar a mis lectores una impresión demasiado favorable de su persona. Efectivamente, parecía estar totalmente inconsciente de haber hecho algo extraordinario. No puedo hacerle justicia, más amplia que mis palabras, pero he aquí, resumida, la historia de su carrera.

Nació en Lovaina (sic), Bélgica, el 3 de enero 1840. Cuando aún no tenía 24 años, su hermano, que acababa de ser ordenado sacerdote, recibió la obediencia para Honolulu. En los momentos de embarcar se contagió de la fiebre tifoidea. El joven Damián que era estudiante de teología en la universidad, minorista<sup>1</sup> y de la misma orden, la de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, vulgarmente llamada la sociedad de Picpus, por el nombre de la calle de su casa central en París, escribió inmediatamente a su superior para pedirle ser enviado a las misiones en el lugar de su hermano. Una semana después, estaba de camino hacia esta región lejana. Fue ordenado sacerdote

---

<sup>1</sup> Quien aún solo ha recibido las "órdenes menores", entonces acólito, exorcista, ostiario y lector. (N.T.)

a su llegada a Honolulu y durante algunos años realizó la vida de trabajo y de privaciones que es invariablemente la suerte del misionero católico.

En 1873, fue al mismo tiempo que otros miembros del clero (sic), invitado a la dedicación de una bella capilla que acababa de terminar el Padre Leonor en Wailuku, en la isla de Maui. Allí encontró al obispo, quien expresó su amargura por no poder enviar un sacerdote a Molokai; porque la demanda excedía con mucho a los recursos. El Padre Damián dijo apresuradamente: "Monseñor, he oído que un pequeño barco recogerá la semana próxima ganado en Kawaihae para transportarlo a Kalaupapa; si me lo permitís, iré a ayudar a los leprosos a celebrar la Pascua".

Su petición fue aceptada y en compañía del obispo y del cónsul de Francia, llegó a la leprosería en la que encontró una colonia de ochocientos leprosos, de los que cuatrocientos o quinientos eran católicos. Se convocó inmediatamente una asamblea, que presidieron el obispo y el cónsul. Su Excelencia, el señor obispo, se levantó para dirigir la palabra a esta singular multitud, y les dijo: "Ya que me habéis escrito tan a menudo sobre que no teníais sacerdote, os dejo uno por algún tiempo", y dando la bendición, volvió inmediatamente al barco que se iba a hacer a la vela en esa misma hora. El Padre Damián añadió: "Como hay mucho que hacer aquí, con vuestro permiso no os acompañaré tan siquiera al embarcadero". De este modo comenzó el buen trabajo. Era un momento muy propicio: los leprosos morían de ocho a doce de media por semana<sup>2</sup>. El sacerdote no tenía tiempo de construirse una choza, porque ni tan siquiera tenía el material necesario, y durante la estación de verano dormía al aire libre bajo un árbol, sujeto a las inclemencias del viento y de la lluvia.

Poco después, recibió una carta de felicitación de los residentes blancos de Honolulu, principalmente protestantes, al mismo tiempo que algunas maderas de construcción y una suma de 120 dólares. Construyó su pequeña casa y comenzó a sentirse como en su ambiente propicio. Después de haber permanecido algunas semanas en Kalawao, debió volver a Honolulu, para encontrar a un sacerdote con quien poder confesarse.

Pasó naturalmente a visitar al presidente del Comité de Salud, que se mostró muy sorprendido, y recibió al sacerdote con una fría cortesía. Entonces pidió permiso de retornar a la leprosería de Molokai, y fue brevemente informado de que podría retornar allí, pero que, en ese caso, debería permanecer allí para siempre.

El Padre Damián explicó a ese señor cuán necesario es para un sacerdote el ver a un compañero a intervalos razonables, para confesarse con él, y pidió permiso para visitar Lahaina, en la isla de Maui, no lejos de Molokai, prometiendo volver directamente a su isla en una pequeña embarcación, en cuanto hubiera cumplido sus deberes religiosos. Se lo rehusaron. Se le dijo

---

<sup>2</sup> Exagera, ordinariamente eran de dos a tres por semana, a no ser que se desatara algo anormal.

que debía permanecer en Kalawao y no abandonarlo bajo ningún pretexto, cualquiera que fuese. El Comité tampoco quiso permitir que el sacerdote de Lahaina visitara al Padre Damián en Kalawao.

En este caso un eminente doctor, miembro del Comité de Salud, apoyó su causa e insistió para que se otorgara al Padre Damián el permiso de ir y venir según su criterio." Tal es la regla en todas las naciones civilizadas", dijo, "el sacerdote y el médico gozan de ciertas exenciones. Tienen privilegios que ningún otro puede tener". El doctor fue vigorosamente secundado por el cónsul de Francia, entre cuyas manos se habían colocado los intereses de la misión; y el Padre Damián volvió a Kalawao provisto de un permiso especial.

Poco después de su vuelta, recibió una comunicación oficial declarando que debía permanecer donde estaba; y que a la menor tentativa de salir de la isla, y hasta de visitar otras partes de Molokai, sería inmediatamente arrestado. Los términos de la comunicación eran duros. Levantó la indignación del sacerdote y declaró al Comité de Salud que si, por su lado, el Comité quería cumplir estrictamente sus deberes, él también cumpliría los suyos. Cuando le fue necesario visitar a un sacerdote en una isla vecina, lo hizo, sin consultar con nadie; visitó igualmente a su rebaño disperso en los otros distritos de Molokai, detrás de las montañas, velando por las necesidades de su pueblo con fidelidad y sin temor.

A menudo, en estos viajes, era comensal bienvenido de un hombre de buenas maneras, hijo de un pastor protestante; cierta vez su huésped le dijo en broma: "¿Sabéis, como supongo, que tengo orden de arrestaros inmediatamente, si os permitís dejar la leprosería?". Efectivamente, era el comisario de Molokai, el Sr. Meyer.

Seis meses después llegó un permiso que autorizaba al Padre Damián a ir y venir como quisiera; pero durante once años, lo usó muy raramente.

Como nuestra entrevista parecía ser un acontecimiento en la vida de mi buen amigo, se festejó con una pipa y una taza de café extra; pero antes de que la primera se acabara, o que la última se enfriara, le llamaron precipitadamente para que fuera a la cabecera de un moribundo.

#### 4. Jornadas bien llenas (The Lepers, 51-53)

La tarea del Padre Damián no se terminaba nunca. Después de la misa, que celebraba temprano, hasta el momento en que su rebaño estaba hundido en el sueño hacía ya tiempo, él estaba ocupado; y cuando al fin se metía en la cama, era muy a menudo para reposarse totalmente despierto, haciendo planes para el porvenir, y quizás para ser llamado a las salas del hospital, o a una casa, para consolar el dolor del enfermo o del moribundo.

Las casitas blancas y limpias que habían sucedido a las chozas cubiertas de bálago de los indígenas, fueron construidas bajo su supervisión; y además él ayudo personalmente a la construcción de la mayor parte. La pequeña capilla que encontró en la leprosería se ha convertido en la nave de crucero del edificio actual; con la ayuda de un puñado de leprosos, amplió la construcción, la pintó al exterior, la decoró en su interior; allí es donde ofrece cada día el Santo Sacrificio de la misa, predica frecuentemente, instruye a los niños y celebra todos los oficios de la Iglesia.

Cuarenta huérfanos y huérfanas están bajo su inmediata dirección. Les han construido casas con dormitorios; las chicas, bajo la dirección de dignas maestras, aprenden a coser y las tareas domésticas. Se ha juzgado prudente el permitir a aquellos que son solteros casarse con las personas de su elección, y estos matrimonios son celebrados solemnemente en presencia de testigos.

Las necesidades espirituales del rebaño del sacerdote bastan ampliamente para absorber todo su tiempo. Los domingos y los días de fiesta se celebraba la misa-mayor en Kalawao; a continuación el celebrante debía ir de prisa a Kalaupapa para ofrecer de nuevo el divino Sacrificio.

Sólo hacia mediodía se podía permitir una ligera comida, la primera después de medianoche. Era necesario volver enseguida a Kalawao para las vísperas, la bendición del Santísimo y el catecismo; ir de nuevo a Kalaupapa para repetir los oficios. Por fin, a la llegada de la noche, se encontraba definitivamente en su casa, para arreglar los asuntos de su pueblo, preparar su cena y poner su casa en orden para la noche. Era en verdad un hombre de treinta y seis oficios: médico de almas y de cuerpos, magistrado, maestro de escuela, carpintero, ebanista, pintor, jardinero, guardián, cocinero y, hasta en ciertos casos, ayudante en la muerte y enterrador. Tenía una gran necesidad de algún otro para ayudarlo, pero hubo de esperar mucho tiempo antes de que tuviera ayuda. Más de 1.600 leprosos habían sido enterrados durante su ministerio y un lecho de moribundo le estaba esperando siempre, a veces dos o tres a la vez.

Finalmente le llegaron socorros, la bienvenida ayuda que tanto había deseado. "No hemos visto todavía al Padre Alberto", me dijo, "mañana pasaré por su casa y visitaremos Kalaupapa".

## 5. En camino hacia Kalaupapa (The Lepers, 53-57)

A la puerta de la casa del doctor se encontraba una calesa que había visto mejores días; estábamos intentando enganchar con un mal arnés, que había sobrevivido al deterioro del tiempo, a un rocinante de buena estampa que respondía alegremente al nombre de "William". El Padre Damián, orgulloso dueño de este enganche, anunció entonces que todo estaba a punto y partimos para Kalaupapa, el pueblecito leproso gemelo, a dos millas de distancia.

Gracias a los esfuerzos enérgicos del Padre, el camino que seguimos no estaba demasiado estropeado pero William, cuyos días eran numerosos, no tenía la intención de llegar de prisa donde quiera que fuese. "Auh!, eres un pequeño perezoso, mi William", decía el Padre a su animal mimado, tocándole ligeramente con el mango de un látigo cuando William se había parado un momento, aparentemente perdido en la contemplación de la naturaleza.

Enseguida nos encontramos una procesión de leprosos muy impedidos, que desplazaban penosamente una cabaña de un lugar a otro. El Padre Damián tensaba la brida y, como para excusar la manifiesta mala conducta de su caballo, dijo: "Jamás ha visto algo así, el pobre!" Pero William, absorto en sus pensamientos, pasó sin darse cuenta del fenómeno; y así fue como llegamos a Kalaupapa, al otro lado de la planicie ondulada y sin un árbol. Era casi un pueblo bonito, tan limpio como estaba y expuesto a los rayos del sol. Tenía también un aire de prosperidad, acentuada sin duda por el embarcadero construido recientemente y la ballenera recién pintada que había fondeado en la rada exterior.

Las celebridades menos importantes de Kalaupapa fueron saludadas enseguida y nos paramos ante la casa más decente del pueblo. Brotaban flores ante la entrada y la tierra estaba iluminada por un bello sol; el mar también brillaba de luz y no estaba más que a un tiro de piedra del patio de entrada. Era la mansión del Padre Alberto, que aunque muy viejo y enfermo, conjuntaba todavía el agrado de este bello sol al encanto de su jardín bien cuidado. Nos acogió en su veranda, el rostro enmarcado en sus cabellos blancos y su barba flotante. Sobre la mesa tenía libros y periódicos, el muro estaba adornado con imágenes enmarcadas; las ventanas con cortinas limpias dejaban entrar la fresca brisa del mar. Nos ofreció una ligera comida. La hospitalidad de estos sacerdotes empobrecidos es proverbial y merece colocarse en paralelo con el dinero de la viuda del Evangelio.

Muy cercana teníamos la capilla del Padre Alberto. Era tan graciosa como agradable y singular, con sus raras combinaciones de colores sobre los muros y en el techo. El Padre cuchicheaba: "Es un gusto salvaje, pero he querido dar gusto a los pobres leprosos, que tanto aman esta ostentación". El presbiterio era semejante a un cuadro, y tenía en él un buen número de bellas estatuas de santos de dulce rostro, que me recuerdan siempre los atractivos escaparates de San Sulpicio en París. En la nave, ante el altar se encontraba un órgano francés, del que el Padre Alberto estaba con razón orgulloso. Con un ingenioso desplazamiento del teclado, se podía obtener el mismo acorde para un tono inferior o superior, sin cambiar la posición de las manos sobre las teclas; además, cuando se desea, con un accesorio aún más cómodo, presionando con un dedo sobre una sola nota, el complementario agudo o bajo se obtiene al mismo tiempo. No hace falta añadir que el ejecutante más mediocre difícilmente se perdería sobre este instrumento, y el más simple tecleo con una mano se convierte de inmediato en algo impresionante.



El Padre Alberto comenzó a exhibir los méritos automáticos de este órgano y terminó con un gracioso compás de vals de la antigua moda, que ejecutó hábilmente, con el aire de un hombre que no es totalmente indiferente a los encantos de la música; sus manos sueltas pasaban ligeramente sobre las teclas, mientras su mirada mantenía la dulce gravedad que le distingue.

Hay un pequeño cementerio casi bajo el techo de la capilla, en que se entierran a los niños, como si se hubiera querido quitarles el miedo de quedar aislados a lo lejos sobre la planicie. También hay un gran cementerio con una barrera a la entrada pintada en negro y blanco. En medio de este cementerio se levanta una cruz grande y alta; más lejos, a la distancia de un grito, está el mar. Existe un campo de carreras, una larga ruta con hierba, que llega hasta la pesquería.. Expuesta a todos los vientos, se encuentra al lado del mar y está rodeada de chozas de caña de junco. La mar estaba clara como el cristal, a todo lo largo de la costa; ramas de coral y de peces voladores son visibles a una gran profundidad; los tiburones no son raros visitantes; y sin embargo había leprosos que pescaban y se bañaban entre las rocas, esas rocas de lava endurecida de formas extrañas, que de tiempo en tiempo eran inundadas por las aguas del mar e inmediatamente quedaban cubiertas por avalanchas de espuma.

Esto es casi todo lo que hay en Kalaupapa, a pesar de ser el único puerto de los leprosos. Un pequeño barco lo visita cada semana con los nuevos enfermos, y a veces aparece allí una goleta con un cargamento de alimentos esperado durante largo tiempo.

## 6. Solicitud de príncipe. (The Lepers, 62-64)

La prensa local de Honolulu, al menos en parte, criticó mucho al gobierno por haber sido negligente al no haber segregado mucho antes a cada individuo leproso en el reino. Es verdad que algún tiempo después de la introducción de la plaga, el Comité de Salud no tomó mas que pocas o ninguna de las medidas para prevenir su desarrollo; pero es igualmente verdadero que en los quince últimos años 2500 leprosos fueron reclusos en Molokai....

La media de muertos es de 150 por año; hay continuamente de 700 a 800 leprosos en el establecimiento y es el gobierno quien les aprovisiona. La última asignación bienal de 90.000 dólares es insuficiente, como lo afirma el presidente del Comité de Salud, porque además de la leprosería de Molokai, hay una sucursal cerca de Honolulu, donde se retienen los casos dudosos para seguir un tratamiento; y esta sucursal está casi siempre llena. Desde ella, a la que llaman Kakaako, se trasladan a Molokai los que quedan confirmados como leprosos.

Kakaako, como Tracadie, está a cargo de una comunidad de Hermanas. El Obispo de Olba (Vicario apostólico de Hawaii), cuya vida está entregada al bien espiritual de la raza hawaiana, secundando la petición insistente del rey y

de la reina, envió al Padre Leonor a Norteamérica para obtener, si fuera posible, la ayuda de Hermanas que fueran capaces de resistir las fatigas del servicio de Hawaii. Siete Hermanas Franciscanas, establecidas en Syracuse, Nueva York, se pusieron pronto en camino; se espera que otras Hermanas se unan a ellas y entonces algunas de estas Hermanas sacrificadas se establecerán en la leprosería de Molokai.

La leprosería ha sido visitada en setiembre de 1881 por la Princesa Regente y, si no me equivoco, también por la Reina, posteriormente. Las dos se toman el mayor interés por el bienestar de los infelices leprosos, y en 1884 hubo en Honolulu, para ayuda a los leprosos, una feria que tuvo un éxito maravilloso; en esta ocasión las diversas barracas estaban a cargo de la Reina, de dos princesas y de las primeras damas de la pequeña capital.

Y el Rey no es insensible al trabajo de la misión católica por la buena causa. En 1881, el Obispo Hermann, entonces Coadjutor del difunto obispo Maigret, hizo una visita oficial a Kalawao. Fue un gran día para la leprosería. El Obispo debía ser recibido con aclamaciones, música y estandartes. Se erigieron arcos de triunfo, prontamente, todo estaba ya preparado. Un gran número de hombres de buena voluntad se alejaron para descubrir los primeros signos de la cercanía de Su Excelencia. Reinaba una gran animación; y cuando al fin se vio un grupo de pequeñas siluetas descender el inmenso precipicio por encima de Kalawao, el entusiasmo de los leprosos no conoció límites.

Fue un día feliz para el Padre Damián; pero él no tenía conocimiento de la fiesta que le estaba reservada. Cuando el Obispo estuvo al pie de las rocas a pico, o *pali*, fue recibido por el Padre Damián y una delegación de Kalawao; después montaron a caballo y avanzaron solemnemente en la planicie. El buen Obispo, que había sido sorprendido por una tormenta, estaba empapado hasta los huesos; pero olvidó inmediatamente su mal estado, porque en el primer arco de triunfo fue recibido por una multitud de 800 leprosos, con los estandartes al viento; las aclamaciones cortaron el aire; los músicos, todos leprosos, iniciaron los sonos de una marcha y el cortejo avanzó hacia Kalawao.

Delante de la capilla había otro arco, más bello que el primero; aquí la población toda entera se había reunido para desear la bienvenida al noble visitante; después de haberse excusado, se retiró por unos instantes solamente, para remplazar sus hábitos que chorreaban agua por otros vestidos secos y volvió para recibir el saludo oficial y las felicitaciones de los habitantes. Se cantaron canciones, se pronunciaron palabras de bienvenida y Su Excelencia se levantó para responder.

La felicidad del Padre Damián, el más modesto de los hombres, le había mudado en alguien superior; pero con disgusto recibió de su superior la orden de aceptar en público las felicitaciones de las numerosas personas que estaban deseosas de expresarle su admiración y su gratitud por el noble sacrificio voluntario que les mostraba el joven sacerdote. "Además, añadió Su Excelencia, he sido encargado por Su Majestad de colgar de vuestro cuello el testimonio de su estima real y personal". Y allí mismo el Obispo dejó

colocada, sobre el pecho del Padre sorprendido, la brillante Cruz de Caballero Comendador de la Real Orden de Kalakaua I. Mil voces rasgaron el aire, aclamaciones tras aclamaciones, despertaron los ecos dormidos de estas orillas silenciosas y hubo quienes lloraron de alegría al ver otorgar tan justamente este honor a su pastor muy querido<sup>1</sup>.

El Padre Damián, en su confusión, estuvo a punto de quitarse esta condecoración, pero inmediatamente el Obispo le ordenó soportar que permaneciera sobre su pecho, al menos mientras él fuera huésped de Kalawao. Y de nuevo los estandartes se agitaron, las mujeres lloraban y las ovaciones del pueblo se mezclaron al sonido de las trompetas de los músicos jóvenes; porque un día, desde entonces memorable, se había inscrito de improviso en los melancólicos anales de Kalawao.

## 7. El cielo visita la tierra.

(The lepers, 65-67)

Había misa mayor en Kalawao. El solemne Misterio tiene el sello de una misa de *Requiem*, porque los asistentes son condenados y los vivos están muy cerca de la muerte

Fui conducido por el Padre Damián a un pequeño recinto vallado, a izquierda del altar. Apenas difería de un lugar de testigo en un juicio: una verja rodeaba la única silla y ningún leproso podía abrir la puerta que en él me encerraba.

Los monaguillos con el roquete limpio estaban desfigurados y algunos tenían los rasgos lastimosos y alterados. Felizmente, ninguno de ellos parecía sufrir ni dolores, ni incomodidades, aunque en muchos casos les faltaban los dedos de las manos y de los pies, y tenían los párpados inflamados y deformes.

Los bellísimos vasos sagrados trabajados soberbiamente con oro, fueron enviados al Padre Damián por el párroco de St. Roch de París. Se emplean en la misa mayor.

Con la mayor suavidad y gravedad, aparecía y se acercaba el celebrante. La capilla estaba llena de adoradores y todos me parecían estar cantando, o ensayando cantar, sencillos refranes que sonaban de manera bastante extraña en las roncadas gargantas de estos cantores. Los niños cantores no mudan la voz en su pubertad, debido a la enfermedad, de ahí la fama de su coro de niños.

---

<sup>1</sup> El desarrollo de los actos fue algo distinto: el rey Kalakaua andaba de visitas palaciegas por Europa. Ausente, su hermana la Regente Liliuokalani es la que hizo la visita a la leprosería, antes de las regias condecoraciones. Al obispo Koeckeman se la impuso en el palacio de Honolulu, por puro protocolo de rangos, rogándole que fuera a Molokai a imponérsela al P. Damián, quien fue la razón de esta concesión después de la visita reciente de la Regente a la leprosería. El impacto que le produjo aquella vista de la muchedumbre de leprosos fue tan grande, que tuvo que entregar su discurso a su ayudante para que lo leyera, porque los sollozos ante los pobres desgraciados súbditos de su reino la impresionaron tanto que no pudo leerlo. La carta de la Regente a Damián es un documento de lo más hermoso que se haya escrito.

La devoción del católico hawaiano es notable, porque la raza se deja fácilmente llevar por la ligereza infantil y en ninguna parte he visto tales pruebas de sincera contrición, y ciertamente no en las reuniones presididas por los ministros indígenas: porque los pastores norteamericanos se han retirado del campo de la celebración y lo han dejado en las manos de los aborígenes.

Qué contraste se daba aquí: el altar brillante y limpiamente adornado; el joven sacerdote, con una salud maravillosa, cantaba el *Pater noster* con una voz clara y resonante; a sus pies estaban los acólitos cuyos rasgos infantiles ya llevaban el sello de la muerte prematura! Más allá del comulgatorio, la corrupción no tenía límites. Apenas había en toda esta asamblea uno solo ante quien no se volvería la cara con horror, y muchos de esos adoradores me parecían realmente haberse levantado de la corrupción de la tumba.

El grave mugido de la resaca era el acompañamiento que convenía a este oficio tan solemne; y el largo y bajo gemido del viento del mar era como un suspiro de simpatía. El aire mismo estaba corrompido, el fétido olor de una pila de cadáveres lo invadía, y toda esta reunión de horrores no me parecía ser más que la entrada de una tumba.

Es la fiesta del Señor, tal como se celebra en Kalawao; y celebrarla así, es el feliz privilegio del Padre Damián. Pensaba en este versículo de San Lucas: "Al entrar en un cierto pueblo, vinieron a su encuentro diez leprosos, que se mantuvieron alejados, diciendo: Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros". Realmente su plegaria es escuchada, porque Dios tiene piedad de ellos y los bendice en la persona de su servidor.

## 8. Los niños.

(The Lepers, 69-71)

La preservación del Padre Damián, después de once años de intimidad con los casos más horribles que puedan conocerse, después de haber asistido y enterrado los muertos en número superior a 1600, puede ser mirada casi como milagrosa. Trabaja por ellos y para ellos día y noche; sus íntimos son los leprosos; están casi siempre en su casa. Es verdad que él mismo se cocina y hace sus trabajos caseros, y que cuida él mismo de la sacristía y del altar, y que un indígena, no leproso, lava para él, recose sus vestidos cuando es necesario; pero los utensilios que están a menudo entre sus manos son tocados por los leprosos, y todo cuanto se transporta por el pueblo le llega por medio de los que se encuentran, para decirlo francamente, en todos los grados de la descomposición. Es también el mismo caso de todos aquellos que se han puesto en contacto con los leprosos en libertad, pero que no están en la leprosería, y será siempre así en tanto en cuanto se encuentre libre un solo leproso.

Recuerdo cómo, un día en que nos paseábamos a través de las salas del hospital de Kalawao, el Padre Damián se volvía a menudo hacia nosotros y dijo: "Ah!, aquí hay alguna cosa horrible que les debo mostrar!" Nos aproximamos a aquello que parecía ser un montón de andrajos o de trastos viejos, medio cubierto por una manta sucia; los doctores, curiosos, iban a examinarle, cuando el Padre me agarró y me gritó todo excitado: "¡Usted no debe mirar, usted no debe mirar!" Le aseguré que no estaba en modo alguno asustado de ver hasta los casos más horribles que se pudieran encontrar allí; porque mis ojos se habían acostumbrado a estos horrores y los espectáculos más repugnantes ya no me emocionaban. Se levantó una esquina de la manta: un objeto que respiraba reposaba debajo; una cara, una cara humana, se volvió lentamente hacia nosotros, una cara en la que apenas quedaba algo de humano. La piel sombría estaba abotargada y negra; una especie de espuma, o moho gomoso y brillante, la cubría; los músculos de la boca, que se habían contraído, dejaba totalmente al aire los dientes en una mueca; la lengua inflada parecía como un higo entre ella; los párpados tensos replegados hacia atrás, dejaban ver la superficie interior, y los ojos saltones, ya sin forma y rotos, no diferían de los granos de uva que han estallado. Era un niño leproso, que durante estos pocos días, había adquirido esta cara horrible: ciertamente la tumba no ha visto nada más espantoso que esto.

Casos parecidos no son raros; quizás fuera este el único que precisamente tuvo esta deformación. Pero el paciente que se encontraba ante nosotros, no se quejaba, no era al fin más que un leproso; pero durante el largo tiempo que la lepra se mantenga en el territorio, será probable que haya otras víctimas semejantes a esta víctima única, que velan y rezan hora tras hora para que la muerte venga a liberarlos.

Durante las semanas últimas se ha construido un hospital, unas casas en torno a una plaza, para los niños leproso en Kakaako, cerca de Honolulu. Fue solemnemente inaugurado por sus majestades el Rey y la Reina. La Reina entregó las llaves entre las manos de la superiora de las Hermanas que se han encargado de la sucursal de Kakaako. Con esta ocasión, el Rey gentilmente condecoró a la Hermana con la cruz de la Orden de Kapiolani [la Reina]. El Padre Leonor, cuyos esfuerzos constantes consiguieron la ayuda de las admirables Hermanas Franciscanas, también fue condecorado por el Rey. Sus Majestades y el gobierno actual, habían mostrado de verdad el más profundo interés por el bienestar de los leproso, y es probable que se haga cuanto es posible por el alivio y la seguridad de la nación.

Desde este punto de vista, el pequeño reino de Hawaii es digno de la simpatía y de la admiración del mundo.

Hay necesidad de mejores acondicionamientos en la leprosería y es necesario un personal más numeroso. En cuanto a los sacerdotes que han consagrado su vida a este glorioso trabajo de misericordia, ¿hay alguno de sus deseos al que no se le haya concedido acceso o alguna de sus peticiones a las que el gobierno ha debido rehusar?

## 9. Últimos días en Molokai.

(The Lepers, 72-73)

Los últimos días de mi estancia en Kalawao, buscaba habitualmente al Padre y le encontraba, o en lo alto de una escalera, martillo y clavo en la mano: o en la huerta, en la sala del hospital, en la cocina, o lejos llamado por un enfermo, según los casos. Era raro que pudiera sentarse conmigo, porque no tenía un solo momento en que estuviera realmente libre. Una vez lo acaparé, bajo pretexto de que le hacía mi última visita de despedida. Con la mayor desgana, y tan solo debido a mi petición insistente, fue a coger la condecoración. La encontró en su bella caja de cuero marroquinado, abandonada en un rincón en que jamás miraba, cubierta con una capa de polvo de una pulgada. "No es por esto por lo que estoy aquí", dijo con desdén sonriente; y reconoció que nunca se había colocado la cinta al cuello; efectivamente, apenas había mirado esa medalla desde el día en que el Obispo quiso que la llevara, por satisfacción de su rebaño, lleno de sencillez.

Un día yo andaba solo en la capilla: un pequeño armonium se encontraba cerca de la ventana abierta; afuera estaba el mismo pandano bajo el que el Padre Damián encontró un abrigo en su llegada a Kalawao. Me puse ante el instrumento, soñando sobre las teclas, y pensando en la vida que se debe llevar en semejante lugar; en la necesidad y en la privación de simpatía humana; en la soledad del alma destinada a relaciones con una muerte permanente, cuando escuché cerca de mí un ligero rozamiento; me volví y vi la capilla casi llena de leprosos. Se habían deslizado silenciosamente, uno tras otro, al sonido del armonium. La situación era un poco desconcertante. Cuando pregunté dónde podría encontrar al Padre Damián, me lo indicaron y se pusieron en fila de costado, para dejarme pasar.

Le encontré allí donde habría podido saber que debería estar probablemente, trabajando duro entre las gentes, con mucho el más activo de todos ellos. Como me acercaba inadvertido, la campana tocó al *Angelus*; de inmediato todos se arrodillaron; con la cabeza desnuda, y en medio de ellos, el sacerdote recitó la bella oración, a la que respondieron con una voz sorda y baja, mientras que una dulce brisa hacía gemir las largas hojas alrededor de ellos y cuando el sol derramaba una oleada de gloria sobre sus cuerpos inclinados. Todos eran leprosos, excepto el pastor, y pronto habrían de seguir la lúgubre procesión en la que él bendice los cuerpos inanimados en su apacible sueño.

*Angelus Domini*. Este espectáculo ¿no era agradable a los ojos de Dios?

## 10. La salida de Kalawao

(The Lepers, 73-77)

¡Adiós! Había llegado el momento de decir adiós. En la tarde anterior a nuestra partida vivimos un agradable momento de la vida en la leprosería. El pequeño vapor que visita a los leprosos por intervalos debía llegar y mucho tiempo antes del ocaso del sol una débil nube de humo en el horizonte

anunció su proximidad. La noticia se extendió como un reguero de pólvora de Kalawao a Kalupapa. La animación aumentaba conforme el vapor se acercaba, y cuando pasaba el pequeño territorio de proscritos e hizo escuchar un sonido agudo, un largo pitido de silbato, que resonó en una media docena de valles vecinos, todos cuantos pudieron dejar sus lechos, se pusieron en camino hacia el desembarcadero. Tienen en propiedad numerosos caballos en la leprosería y hay un pasto abundante para mayor número de los que tienen; caballeros y peatones des poblaron enseguida un poblado -Kalawao- y llenaron el otro - Kalaupapa-.

Llegaban nuevos leprosos y eran acogidos con lágrimas de simpatía al llegar a su nueva morada. La escena era tan patética como para superar cualquier descripción, y si no hubiera sido evidente que los exiliados se encuentran tan bien y tan felices, en el correr de los días en Molokai, como no pueden estarlo en cualquier otro lugar que haya en el mundo, la naturaleza se revolvería ante ese espectáculo. Es sin duda lo mejor que se puede hacer en tales circunstancias y se toma de la mejor manera posible.

Fue una noche de gala en Kalaupapa, pero estábamos pensando más en nuestra partida fijada para mañana. Habíamos escogido un nuevo sendero para subir el pali; no había más que dos y casi se puede decir que cada uno es más terrible que el otro. Como de costumbre se nos aseguró que la subida era fácil; que se había hecho en cincuenta minutos y sin sufrir muchas fatigas. La comenzamos con bastante alegría; el sendero hacía una curva curiosa a lo largo del riachuelo, después nos condujo a una llanada boscosa, desde donde la vista era fascinante y el aire delicioso. Por un momento atravesamos un bosquecillo y más allá el sendero estaba sombreado a intervalos, mientras los ramajes nos rodeaban por todos lados a lo largo de los salientes y de las desigualdades del roquedal escarpado.

Enseguida llegaron las subidas con espacios áridos por aquí y por allá, rocas calentadas por el sol, y nuestros corazones se debilitaban, al menos el mío. Había un terrible fragmento de roca semejante a un muro que estaba casi perpendicular; caía convertido en polvo cuando nosotros nos agarrábamos a él como gatos; y cuando miraba hacia abajo para poner el pie, me di cuenta que la roca sobre la que me encontraba extendido con gran incertidumbre, estaba aparentemente suspendida sobre el mar; el profundo y verde océano estaba muy por debajo de mí, tuve el sentimiento de que subía a los cielos y entonces estuve a punto de caer de puro espanto. Pero una nube baja pasó por encima de nosotros, tal como son generalmente bajas en estos parajes, y bajo su sombra intenté olvidar que estaba suspendido en el vacío, sin sostén seguro y no teniendo más distancia que el cuero de una suela entre mí y mil pies de espacio, con una muerte cierta al final.

Tuvimos lluvia y sol y estábamos cubiertos de polvo y de restos de roca. Cuando alcanzamos la cima del pali, estaba aturdido y ardía de sed. Era mi última ascensión y habíamos empleado dos horas y cuarenta minutos. Mi corazón latía extrañamente en mi pecho durante la ascensión. Habíamos pasado una montaña de dificultades. Era seguro que ningún leproso pudiera

pensar jamás en escalarlo. No hay en parte alguna del mundo, desde los siglos más remotos, un lugar tan lúgubre destinado a las aflicciones de tan larga duración.

Cuando se tiene salud y compañía, se puede soportar el destierro, pero estos leprosos mueren poco a poco; una gran parte del tiempo, con un aire de resignación desesperada, se arrojan al suelo aquí o allá, esperando que se abra la tumba para recibirlos.

¡Los mártires de Molokai! Si nos mueven a piedad los leprosos que, felizmente, están cuidadosamente consolados después de cada acceso de dolor, ¿qué decir de esos servidores de Dios que han consagrado su vida a este noble trabajo? Pensad en su soledad indecible, encerrados como están entre vastas extensiones de mar y de cielo; pensad en esa soledad que a veces ha hecho perder la razón a algunos desgraciados. No reciben visitantes que se acuerden de ellos; muy pocos amigos les escriben, porque algunos se asustan al recibir una respuesta.

Sus pobres raciones alimentarias, a veces son inevitablemente reducidas. Sin embargo, no se les oye lamentarse de su triste suerte: al contrario, hacen un llamamiento compasivo en favor de sus pacientes. Estos son sus compañeros, si se puede permitir llamarlos así, porque ¿quién quisiera semejante compañía de abandonados y desesperados? Antes bien, por encima de la cabeza condenada de estos leprosos, que no son más que mártires involuntarios, está siempre suspendida la posibilidad, y hasta la probabilidad, de que en cualquier momento puede llegar a golpearlos una muerte escandalosa e ignominiosa.

¡Estad bien atentos, pueblos! En la persona de estos ministros, que se sacrifican voluntariamente, poseéis, quizás sin saberlo, ángeles terrestres.

¡Oh, héroes incomparables, cuyas hazañas no son cantadas!. Ciertamente "recibirán su recompensa".

## EPÍLOGO

Cuando dejé mi pluma al final del último capítulo de este triste relato, con un suspiro de alivio pasé a otros asuntos más alegres. Creía haber contado lo más horrible y creía que en adelante podía pensar en el pastor de Molokai como en un centinela dominando la caverna de la aflicción, luchando noche y día contra el Ángel de la muerte. Su cuerpo está sano como el alma que envuelve; está sin mancha en medio de la corrupción; una armadura impenetrable le preserva de los dardos envenenados que le asaltan por todos lados, y es la prueba de una providencia especial.

Efectivamente, así ha ocurrido durante más de diez años; pero en el espacio de doce meses, desde los momentos en que juntos nos sentamos con los muertos y los moribundos, en que yo vi con mis propios ojos las pruebas de su



saludable y santa influencia y escuché con mis propios oídos hablar de los trabajos de misericordia a los que él ha consagrado su vida, porque lo he oído de los labios mismos de aquellos cuyos corazones desbordaban de reconocimiento, en un corto año ha sido atrapado, podría casi decir que traidoramente, y su suerte está sellada en común con la de su desgraciado rebaño. Sin embargo, hay más valor cristiano en su derrota que en las abundantes conquistas proclamadas en los anales de la historia. Escuchad estos pasajes de una carta (5 octubre 1885) que he recibido últimamente de Kalawao:

“Desde el mes de marzo último, mi compañero el Padre Alberto ha dejado Molokai y el archipiélago, para volver a Tahiti y a las Puamotu. Soy ahora el único sacerdote en Molokai y parece que yo mismo estoy alcanzado por esta terrible plaga...

“Me es imposible volver a Honolulu, a causa de la lepra que se manifiesta en mi. Estos microbios se han alojado definitivamente en mi pierna izquierda y en mi oreja, y una ceja comienza a caerse. Es de esperar que mi rostro esté pronto desfigurado

“No teniendo yo mismo duda alguna sobre el verdadero diagnóstico de mi mal, me siento tranquilo, resignado y más feliz entre mi pueblo. El Dios Todopoderoso sabe qué es lo mejor para mi propia santificación, y con esta convicción digo cada día un buen “hágase tu voluntad”.

“Por favor, rezad por vuestro amigo enfermo y encomendad, a mi pueblo desgraciado y a mí mismo, a todos los siervos del Señor”

Es el comienzo del fin. Ya su vestimenta es una mortaja y una tumba le espera en la grieta del sombrío valle.

¿Es esta la recompensa de la virtud y de la piedad, de la humildad y de la entrega? ¡No! Todos los reconocimientos de este mundo son nada en comparación de la morada eterna que le espera en los cielos. La muerte, hasta una muerte como la suya, es una suerte honrosa que le toca a quien cambia una vida de sacrificio voluntario por la corona de la gloria.

Después de algunos instantes, habrá perecido entre los abrazos vergonzosos de ese monstruo voraz, cuya primogenitura abominable y aborrecida quizás se extienda hasta las extremidades de la tierra. No es imposible, ni siquiera inverosímil, que un día pueda llegar a ser necesario establecer en los Estados Unidos leyes especiales para la preservación del pueblo en general y para la segregación de quienes hayan caído víctimas de la más terrible de las plagas.

Las semillas de esta enfermedad contagiosa han sido extendidas allí por donde han pasado los coolies chinos. No se puede perder de vista este hecho mientras aún queda tiempo, porque pronto podremos escuchar el grito desesperado que resonará de orilla a orilla: “Demasiado tarde, demasiado tarde”.

¡Reverendo y bienamado Padre! A vuestros pies deposito este tributo en recuerdo de nuestra última y triste entrevista y de mi partida. Viviréis para siempre en mi corazón; en adelante nadie podrá destronaros en mi corazón y cuando seáis llevado al campo del reposo, creo que habréis cumplido una hazaña de modesto heroísmo casi sin par en los tiempos modernos. ¡Degradación!, se dirá. Ya, es una degradación a los ojos de muchos, esta muerte durante la vida, este deterioro lento y seguro; pero del limo de este cuerpo corruptible, se levanta hacia los cielos la flor invisible del alma. ¡Oh, amigo mío!, no me olvidéis, como yo no podré cesar de acordarme de vos, cuando después de vuestra muerte, el perfume de la flor que fuisteis sobre la tierra, alegrará los paseos en el paraíso.

Universidad de Notre Dame, fiesta de la Purificación,  
2 febrero 1886  
**Charles W. Stoddard**